

representado por Columbano, llegaron al territorio del rey Clotario, y después de largas marchas se fijaron en los alrededores del lago de Zurich. Pero los paganos no tardaron en obligarles á abandonar aquellos sitios, y llegaron cerca del lago de Constanza.

En Arbon, el santo sacerdote Willimar los acogió afectuosamente y los envió á Bregenz, plaza romana desmantelada, donde encontraron una capilla dedicada á San Aurelio. Allí se establecieron y empezaron á enseñar á los habitantes el arte de cultivar los campos y los jardines, la pesca y otras diferentes industrias, predicando con frecuencia y destruyendo muchos ídolos. Tuvieron mucho que sufrir. Hácia 612, Columbano, seguido de algunos compañeros, partió para Italia, donde fundó el convento de Bobbio, y murió en 615. Gall, retenido por una enfermedad, permaneció junto al lago de Constanza, fundó cerca de la ribera de Steinach el convento de San Gall, instruyó á muchos jóvenes, entre otros al diácono Juan, que había rehusado la dignidad episcopal y la abadía de Luxeuil, y llegó á ser obispo de Constanza. Gall, después de una vida llena de méritos, murió en avanzada vejez el 16 de Octubre de 640 (según unos de 625 á 627, según otros en 646).

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 20.

Zeuss (§ 6): Háfélé, Gesch. der Einführung des Christenth. in südwestl. Deutschl., Tüb., 1837, sobre todo p. 211 y sig.; Friedrich, II, p. 490 y sig. Obras sobre la Lex Alam., en Zöpfl. Deutsche Rechtsgesch., t. I, p. 40 y sig., ed. Brannschw., 1871. — Biografía de Fridolin, Mone, Quellensammlung der bad. Landesgesch., Carlsru., 1848; I. Schaubinger, Gesch. des Stiftes Saekingen und des hl. Frid., Enstied., 1852; Friedrich, II, p. 411-439. Obispos de Vindonissa, Strasburgo, Coira, Basilea Augusta, Neugart, episcop. Constant, t. I, S. Blasii, 1803; II, Frib., 1861; Eichhorn, episcop. Curiensis, S. Blasii, 1799; J. Trouillat, Monumentos de la historia del antiguo obispado de Basilea, t. I, Porrentruy, 1852; Friedrich, II, p. 439-457. — Sobre Gelpke, K.-G. der Schweiz, Berne, 1856. Véase Tüb. Q.-Schr., 1859, p. 465 y sig.; Scherer, Helden und Heldinnen des christl. Gländens aus d. Schweizerlande, Schaffh., 1857; Muelinen, Helvetia sacra, Berna, 1858; Lütolf, Die Glaubensboten der Schweiz vor St. Gallus, Lucerna, 1871. — Vita S. Columbani, auctore Jona abb. (su discípulo); Mabillon, Acta sanct. O. S. B. II, p. 5; Vita S. Galli, ap. Pertz, Mon. Germ. hist., II, 1 y sig., publicada tambien por Meyer von Knonau; Walafrid Strabo, Vita S. Galli; Migne, Patr. lat., t. CXIV; Ild. von Arx, Gesch. des Cantons St. Gallen, 1810 y sig., 3 vol.; Knottenbelt, De Columbano, Lugd. Bat., 1830; Héfélé, op. cit., p. 261 y sig.; Greith, Der hl. Gallus, San Gall, 1864; lo mismo, Gesch. der altirischen Kirche, I, p. 252 y sig.; Landolt, Die Christianisirung des Linth- und Limmatgebietes, Lucerna, 1867; Friedrich, II, p. 457 y siguiente; Hartel, sobre Columbano (Niedner, Ztschr. f. hist. Theol., 1875, I, p. 396 y sig.). Tenemos de Columbano algunas cartas, un penitencial para los monjes y reglas monásticas (ed. Thom. Sirinus, Lovan., 1667; Bibl. Patr. max., Lugd., t. XII; Gallandi, Bibl. Patr., t. XII); de Gall, un discurso para la consagración de Juan, obispo de Constanza (Gallandi, loc. cit., p. 751). La muerte de San Gall está

colocada por Retberg en 650 (véanse tambien sus Observat. ad vitam S. Galli, Marbourg, 1842); por Mabillon en 646, por Greith en 640, por Gelpke y Friedrich entre 625-627.

Trudperto, Teodoro, Magno y Fermin.

21. San Trudperto predicó en el Brisgau y fundó hácia 640 un convento al Sud de Friburgo. Fué asesinado en 643 por un servidor infiel. Dos monjes, Teodoro y Magno, salieron más tarde del convento de San Gall para evangelizar á los paganos de Kempten y las riberas del Lech. Magno instituyó el convento de Fussen, Teodoro el de Kempten. Más tarde, bajo Carlos Martel, hallamos entre los alemanes á San Fermin, que erigió multitud de monasterios, entre otros el de Reichenau, el más famoso de todos, sobre una isla del lago de Constanza. En el octavo siglo la Alsacia y la Suiza poseían ya numerosos conventos de hombres y mujeres. Uno de estos últimos, Hoenburgo, tenia por abadesa á Santa Otilia (Odilia), hija de Adalrico ó Eticon, duque de Alsacia (murió ántes de 720).

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 21.

Acta sanct., t. III, Abril; M. Gerbert, Hist. Nigrae Silvae, t. I, p. 47 y sig.; Mone, op. cit., p. 28 y sig. — Vita S. Magni, en Canisii Lect. ant., I, 655; Friedrich, II, p. 654 y sig.; S. Firmini vita, Mone, op. cit., t. I; Friedrich, II, p. 570 y sig.; Schoenbuth, Chronik des ehemal. Klosters Reichenand, Fribourg, 1836; Stäger, Die Insel Reichenau, Constanza, 1860; Koenig, Walafrid Strabo, en Freiburg. Diocesan-archiv, 1868, t. III. Conventos de monjas cerca de Strasburgo y Santa Otilia, Friedrich, II, p. 516 y sig.

Los bávaros y sus misioneros.

22. Los bávaros (bajuvaros) fueron convertidos principalmente por misioneros que habian venido del reino de los francos. Su situación religiosa permaneció largo tiempo bastante confusa. Había entre ellos muchos paganos y herejes, especialmente parciales de Arrio, Fotino y Bonoso. Los principales misioneros de Baviera, fueron: 1.º Los monjes Agilo y Eustasio, del convento de Luxeuil, que habian nacido en Borgoña de padres distinguidos (616-650). 2.º San Ruperto, obispo de Worms, que bautizó al duque Teodoro de Ratisbona, fundó un convento y una iglesia (San Pedro) en el sitio de la antigua Juvavia (Salzburgo), y movió á su sobrina Ehrentrude á fundar un convento de mujeres. Tuvo numerosos discípulos, dos de los cuales, Gillsarico y Eunaldo, edificaron una iglesia cerca de Viena. Unos colocan su vida activa entre los años 580 y 620, otros entre 690 y 686. 3.º San Emerano, obispo de Aquitania, se proponía evangelizar á los avaros de la Pannonia; pero fué retenido por Teodon, duque de Ratisbona, y trabajó en Baviera durante

cuatro ó seis años. A causa de una sospecha mal fundada, fué muerto en Helfendorf por Lamberto, hijo del duque (entre 654 y 659). 4.º Corbiniano, ermitaño francés, murió en 730 siendo primer obispo de Frisinga, después de haber atravesado numerosas dificultades y sufrido una cruel persecucion. Ya ántes de terminar el siglo x, Baviera contaba algunos duques cristianos, entre otros, segun se asegura, Garibaldi, padre de Teodelinda, reina de los lombardos.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 22.

V. A. Winter, Aelteste K.-G. von Albayern, Osterr. und Tyrol, Landsh., 1813; Rudhart, Aelteste Gesch. Bayerns, Hamburgo, 1841; Contzon, Gesch. Bayerns, Munich, 1853; Schuegraf, Gesch. des Doms von Regensb., Ratisbona, 1848; A. Niedermayer, Das Moenchthum in Baijuvarien, Landsh., 1859; Koch-Sternfeld, Zur ältesten Gesch. von Bayern u. Oesterr., Ratisbona, 1854. El mismo, Das Christenthum zw. Rhein und Donau, *ibid.*, 1855. Fuentes, en Monum. boica, Monach., 1769-1875, 42 vol. en 4.º Sobre Agilo y Eustasio, Acta sanct., 29 mart., 30 aug.; cf. 22 sept. La antigua tradicion pone la carrera activa de San Ruperto entre 580 y 620; es sostenida por J. Mezger (Hist. Salib., 1692), Pez, Bède Seeaener, abate de los benedictinos (1722 y sig.); M. Filz, Koch-Sternfeld, de Friburgo, Kertz, Mutzl, Döllinger (Lehrb., I, p. 67); en época más reciente (696) está admitida por H. Valois, Mabilion, Pagi, Hansiz (S. J.) Stesch. Gutrath. Zirngibl. Retberg. Blumberger, G.-Th. Rudhart, Damberger, Büdinger, Haas, Ritter, Gfrörer, Dümmler, Wattenbach. P. Rupert Mittermüller, O. S. B. (1855), coloca la aparicion del santo en la primera mitad del sexto siglo; Friedrich (Das wahre Zeitalter des hl. Rupert, Munich, (1866), áun difiriendo á menudo de Mittermüller, le sigue en este punto, pero hace volver y morir al santo en Worms. Véase Reiser, en Bonner theol. Lit.-Bl., 1867, p. 152 y sig.; Möhler-Gams, II, p. 63-67. Al. Huber cree tambien que Ruperto partió de Worms en 535; sería, pues, uno de los más antiguos apóstoles de Baviera. Wattenbach (Archiv. f. österr. Gesch.-Quellen, 1850, II, p. 499; Heidelb. Jahrb., t. LXIII, p. 24), seguido por Guitzmann (Aelteste Gesch. der Bayern, p. 209 y sig.) y Kerschbaumer (Geschichte des Bisth. St. Pölten, p. 134), sostiene la muerte del santo en el año 696 con razones más fuertes áun que las de sus predecesores. Vita S. Emmerani, Acta sanc., 6 sep., t. VI, pág. 474 y sig.; Arnolf Vohburg., De Mirac. B. Em.; Pertz, M. G. IV 543 y sig.; el Católico, 1860, I, p. 220 y sig.; Büdinger, Zur Kritik althayer. Gesch. (relacion de las sesiones de la Academia de Ciencias, XXIII, p. 368 y sig.); Aribon (cuarto obispo de Frisinga, 764-784), Vita S. Corbiniani, Acta sanct., 8 sept., III, p. 281 y sig.; Rader, Bavaria sancta, I, p. 12; Sulzbeck, Leben des hl. Corbinian, Regensb., 1843.

Las misiones junto al Mein y el Rhin.

23. Los francos orientales tenían por misionero á San Kilian, obispo de Irlanda, autorizado por el Papa. Bautizó á Gozberto, duque de Wutzburgo. Pero como censuraba valerosamente las relaciones ilícitas de aquél con Geilana, mujer de su hermano, ésta le hizo asesinar con sus compañeros el sacerdote Colonato y el diácono Totnan (688-689).

Esta vez tambien la sangre de los mártires fecundó el suelo; el cristianismo sobrevivió, y cincuenta años más tarde se erigia en Wutzburgo una Sede episcopal. Tampoco en otras partes, como en las regiones del Rhin, del Mosa, del Mosela, habia sucumbido enteramente el cristianismo. Los reyes francos, sobre todo Teodoberto I (desde 534), trabajaron en propagarlo é intentaron restablecer las Sillas episcopales, principalmente en Tréveris, Colonia, Maguncia, Worms, Spira, Metz, Toul y Verdun. Los obispos Nicetas de Tréveris (muerto en 556) y Cuniberto de Colonia (623-663), se señalaron especialmente por su celo. Mucho tiempo ántes (á principios del siglo vi) San Goar, ermitaño de Aquitania, habia evangelizado las comarcas del Rhin, en los alrededores de Roppard, Oberwesel y Bacharach. Se alzó en su honor un templo. En las cercanías de Tréveris, sobre la montaña que lleva su nombre, por encima de la desembocadura del Glan, se estableció San Disibod, misionero irlandés, á quien se atribuye la fundacion del convento de Nisero-bodenberg. Dragobodo, obispo de Spira, fundó el convento de Wissemburgo (660-700); Remaclus, abad de Cougnon, despues obispo de Maestrich (que murió hácia 668) los conventos de Malmey y de Stablon. Más tarde, el convento de Plum se elevó sobre el Eifel. Los obispos situados sobre el Rhin, el Mosa y el Mosela tuvieron tambien conventos de mujeres.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 23.

Heber, Die vorkarolingischen Glaubenshelden am Rhein, Francfort, 1858; Steininger, Gesch. der Trevirer unter der Herrschaft der Franken, Tréveris, 1850; J. Becker, Die ältesten Spuren des Christent. am Mittelrhein (Nassau'sche Annalen, VII, II, p. 1-72); Rion, Lebon des hl. Kilian, Aschaffenh., 1834; Himmelstein, Reihenfolge der Bischöfe von Würzb., *ibid.*, 1843, p. 6.—Vita S. Chilian, Mabill., Sac. II, Ord. S. B., II, 950; Canis., Lect. ant., ed. Basnage, t. III, I, p. 163 y sig.; Acta sanct., 8 Jul.; Sagittari Antiq. gentilitis et christ., Thuring. Jen., 1865, en 4.º Sobre Nicetas, Greg. Turon., Vit. Patr., cap. xvii, etc. Las fuentes en Friedrich, II, p. 181 y sig.; Cuniberto, Sur., ad d. 12 Nov.; Friedrich, II, p. 265 y sig.; San Goar, *ibid.*, II, p. 178 y sig., 220 y sig.; San Disibodo, Acta sanct., Jul., II, p. 588 y sig.; Pertz, VII, 344; Friedrich; II, p. 369. Sobre los conventos de Wissemburgo, etc., Friedrich, II, p. 224, 315, 390. Sobre los obispos del Rhin, véase F. Schannat, Hist. episc. Wormat., Francfort, 1734, en fol., 2 vol.; Geitzel, Der Dom zu Speier, Maguncia, 1826; Remling, Die Bischöfe von Speier, Maxenza, 1852; Werner, Der Dom zu Mainz, *ibid.*, 1827 y sig.; Falk, Katholik, 1872, II, p. 350-367.

Las misiones en Bélgica.

24. Bélgica tenia la diócesis de Tongres-Maestrich, cuyos Obispos mostraron mucha actividad. San Amando, natural de Aquitania, despues de diferentes viajes á Roma, fué ordenado Obispo misionero,

predicó en diversas ocasiones á los germanos y esclavos, estuvo desterrado durante algun tiempo por el rey Dagoberto (630), gobernó tres años la diócesis de Maestrich, fué de nuevo á evangelizar á diferentes poblaciones, fundó muchos conventos y murió hácia el 661 en el de Elnon, cerca de Tournay. Encuéntranse tambien entre los misioneros de la Bélgica á Andomar, fundador del convento de San Bertin, al irlandés Livino, asesinado por los paganos en 656, y á Eloy, obispo de Noyon (641-659). Dignos de mención por su mérito fueron tambien San Lamberto, obispo de Maestrich (670-708) y su sucesor Huberto (muerto en 721). Tournay y Arras (la Silla de ésta fué trasladada á Cambrey en 545) tuvieron tambien pastores activos y vigilantes.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 24.

Dufau, *Histoire du développement et de l'introduction du christian. en Belgique*, Liège, 1847; Friedrich, II, p. 316 y sig., 322 y sig.; Vita S. Livini, in Bonifacii, Op., ed. Giles, II, 119 y sig.; Külb, *Sæmml. Schr. des hl. Bonifaz*, II, p. 441 y sig.; Vita S. Eligii, ap. d'Achéry, *Spicil.*, V, 186 y sig.; Neander, *Denkw.*, III, I, p. 108 y sig.

Mision entre los frisones.

25. En ninguna parte hallaron los misioneros tan obstinada resistencia como entre los frisones, que habitaban los Países-Bajos. El cristianismo era para ellos odioso, por ser la religion de los francos, sus enemigos. Los primeros que predicaron en esta comarca el Evangelio fueron Eloy de Noyon, Wilfrido, arzobispo de York, que fué arrojado de su patria y se dirigió á Roma, de donde no volvió, y, en fin, otros sacerdotes y religiosos de Inglaterra. El monje Egberto se dedicó á esta mision, en virtud de un voto que habia hecho; pero una tempestad en el mar le hizo cambiar el camino y predicó en Escocia. Wigberto, uno de sus compañeros, fué realmente al pais de los frisones y volvió á Inglaterra despues de dos años de esfuerzos infructuosos. Sin embargo, no renunció á su designio. Cuando Pipino de Heristal conquistó una parte de la Frisia, pareció que brillaban tiempos más felices.

Hácia 691, Wigberto envió á los frisones doce monjes muy capaces, á cuya cabeza iba el sacerdote Willibrod, que habia sido educado en Irlanda. Tuvieron que implorar al principio la proteccion del rey de los francos, que les otorgó el mayordomo Pipino con mucho gusto. Willibrod se dirigió entónces á Roma, donde el papa Sergio I le confirió los poderes necesarios y le dió reliquias; despues comenzó su obra con grande éxito en la parte de la Frisia sometida por Pipino. En 696 fué consagrado en Roma arzobispo, bajo el nombre de Clemente, siendo su metrópoli Wiltburgo (Wiltrecht-Utrecht, Trajectum). Los frutos con que

el cielo bendijo su mision, atrajeron allí al arzobispo de Sens Wulftram (712), el cual deseaba convertir tambien á los frisones que no estaban bajo la dominacion de los francos. Su principe, el poderoso Radbot, estaba á punto de hacerse bautizar, cuando preguntó si sus abuelos y compatriotas estarian tambien en el cielo de los cristianos, y siendo negativa la respuesta, volvió la espalda y no quiso ya recibir el bautismo. Hasta despues de su muerte (719), y cuando los francos habian hecho ya nuevas conquistas en la Frisia, la obra de la mision no pudo emprenderse con ventajas positivas. Willibrod trabajó más de cuarenta años en la conversion de este pueblo; penetró tambien en Dinamarca, y murió en 739, de edad de ochenta y un años. Suidberto, uno de sus compañeros, antiguo canónigo de York, habia predicado en la Frisia occidental, en Berg, á las orillas del Wesser, del Lipa, del Ruhr y del Rhin. Obligado á huir ante una incursion de sajones, fué á fundar (antes de 713) sobre una isla del Rhin el convento de Kaiserswerth.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 25.

Beda Ven., *Hist. Eccl. Angl.*, V, 10-12, 19; Vita S. Wilfridi, auctore Eddio Stephano (c. 720); Mabill., *Acta sanct.*, d. 24 Apr.; Aleuin., Vita S. Willibrod., ap. Mabill., loc. cit., III, I, p. 601; Bolland., *Acta sanct.*, 1 Mart.; S. Bonif., Ep. xviii, Van Heusden, *Batavia sacra*, Bruselas, 1714 y sig.; Royaards, *Geschiedenis der werving en vestiging van het Christendom in Nederland*, Utrecht, 1844; Alberding-Thijm, *Leben des hl. Willibrod*, traducido del holandés por Trotz, Münster, 1864. Véase *Tüb. Q.-Schr.*, 1864, II; Rettberg, II, p. 517.

San Bonifacio (Winfrido) y sus trabajos.

26. Los ensayos que hemos mencionado, y otros más, para convertir á los germanos, eran harto aislados é inconsistentes; les faltaba la unidad de direccion y base sólida. En el siglo viii, el monje anglo-sajon Winfrido, llamado por sobrenombre Bonifacio, iba á llenar esta laguna. Bonifacio fué verdaderamente el apóstol de Alemania. Nació hácia 680 en Kirton, en el reino de Wessex. Sus padres, que gozaban rica fortuna, le hicieron educar en célebres monasterios. Ordenado sacerdote á los treinta años, ardía en impaciencia por ir á anunciar el Evangelio á las naciones paganas. Autorizado con pesar por su abad Wiberto, partió con otros misioneros y llegó á la Frisia en 715 ó 716, precisamente en la ocasion en que Radbot, en lucha con Carlos Martel, acababa de destruir las iglesias cristianas. Despues de inútiles esfuerzos, Bonifacio volvió á su convento, donde no tardó en ser nombrado abad.

El mal éxito de esta primera tentativa no le impidió emprender una nueva mision. Fué desde luego á Roma (718) con una carta de recomendacion de Daniel, excelente obispo de Winchester, y ofreció su

servicios al papa Gregorio II. El Papa le acogió benévolamente, le retuvo a su lado hasta fin del invierno, y, al llegar la primavera, le dió los poderes que solicitaba. Bonifacio se dirigió desde luego á la Turingia (provincia franca desde 534), donde halló gran número de cristianos, y hasta de sacerdotes, inficionados del vicio y de la herejía. En 719, despues de la muerte de Radbot, entró en la Frisia, donde el arzobispo Willibrord le recibió con los brazos abiertos, y pensó á poco en escogerle para sucesor suyo. Pero como había recibido del Papa la mision de evangelizar á los germanos orientales, volvió á Turingia en 722. Durante el camino, al atravesar el territorio de Tréveris, ganó al servicio de la Iglesia á un jóven de catorce años, llamado Gregorio y descendiente de Dagoberto III; este jóven fué más tarde uno de sus más valerosos colaboradores, y llegó á ser abad de Utrecht.

En la Turingia francesa, en el pueblo de Hamulo (Ameneburgo ó Hammelburgo), Bonifacio convirtió á los más notables habitantes, los hermanos Dierolf y Detdei, así como á muchos otros. Fundó allí un monasterio para la educacion del clero y predicó con mucho fruto. Gozoso con las noticias que recibia de Bonifacio, Gregorio II le llamó á Roma, le ordenó Obispo para Alemania sin señalarle diócesis particular, y cambió su nombre de Winfrido por el de Bonifacio ó Bienhechor (30 de Noviembre de 723). El nuevo Obispo se obligó con juramento á enseñar la verdadera fe, á conservar la unidad eclesiástica y á no tener comunicacion alguna con los Obispos que obrasen en contra de los cánones. Todos estos esfuerzos se encaminaban á conservar invariablemente la obediencia prometida á la Santa Sede.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 26.

Sobre San Bonifacio ó Bonifatius (de «*bonum fatum*»; según ha sostenido el doctor Cornelio Will, *Hist.-pol. Blat.*, t. LXXVIII, ch. iv), es preciso consultar principalmente: 1.º Sus cartas, *Epistol.*, ed. N. Serrarius, Mogunt., 1605, 1629; *Bibl. max. Patr.*, t. XIII, p. 70 y sig., ed. Würdtwein, Mogunt., 1789, en fol.; ed. Giles., Oxon., 1846, t. II; Migne, *Patr. lat.*, t. LXXXIX; la mejor edicion por Ph. Jaffé, *Monum. Mogunt.*, Berol., 1866 (*Bibl. rer. Germ.*, t. III, con otros docum.). Cartas de San Bonifacio, en alem., con su vida, Fulda, 1842. Sus obras completas, traducidas al alemán y comentadas por Külb, Regensb., 1856, 2 vol. — 2.º Willibald., *Vita S. Bonif.*, in Canis., *Lect. ant.*, ed. Basnage, II, I, p. 227 y siguientes; *Acta sanct.*, Jun., t. I, p. 460. — 3.º *Othlonis vita Bonif.*, ap. Canis., loc. cit., III, p. 337; Serrar., *Rer. Mogunt.*, t. I, Mogunt., 1604; ed. Francof., 1722; Mabill., *Acta sanct.*, O. S. B., III, II, p. 1; Pertz, *M. G.*, II, p. 331 y sig.; J. Georg. ab Eckart, *Comment. de reb. Franc. Orient.*, Wirceb., 1720, t. I, p. 227; C. Sagittar., *Op.* (§ 23) cit. H.; Ph. Guden, *Diss. de Bonif.*, Germ. ap. *Observ. miscell. ex hist. Bonif.*, Helmstadt, 1720, en 4.º J.-S. Semler, *De propagata per Bonif. inter Germ. relig. christ.*, Hal., 1770; J.-F. Geizler, *Bonif., der Deutschen Apostel.* Erlangen., 1796; Löffler, *Bonif.*, Gotha, 1812; Retberg, II, p. 307-372; *Hist. lit.*

de la Francia, t. IV, p. 92 y sig.; J.-G.-A. Seiters, *Bonif.*, *Apostel der Dtschn.*, Maguncia, 1845; F.-H. Reinerding, *Der hl. Bonif.*, Würzb., 1855; Müller, *Bonif., eene kerk-historische Studie*, Amst., 1869 y sig., 2 vol. (cf. Reusch, *Bonner, theol. Lit.-Bl.*, 1870, n. 25); Oelsner, *Jahrbücher des frank. Reiches unter Pipin*, Leipzig, 1871 (artículo sobre esta obra por C. Will, *Tüb. theol. Q.-Schr.*, 1873, III, p. 510 y sig.). Will ha publicado recientemente los *regesta* de los arzobispos de Maguncia, t. I (742-1160), Innsbruck, 1877.

27. Provisto de una coleccion de cánones, de reliquias y de muchas cartas de recomendacion para Cárlos Martel, para los principales del clero y los seglares, Bonifacio volvió al teatro de su mision. El mayor-domo le recibió con bondad, y le dió un salvoconducto, porque de otra suerte le hubiera sido muy difícil domar tantos elementos rebeldes, abolir el culto de los ídolos, proteger á los eclesiásticos y religiosos. La obra de la conversion hizo desde entónces rápidos progresos en Turingia y Hesse. Bonifacio, acompañado por muchos nuevos cristianos, concibió el designio de destruir una encina, situada cerca de Geismar, á la cual tributaban los ídólatras un culto supersticioso; lo ejecutó valerosamente, á pesar de la presencia de gran número de paganos. Ya la obra estaba comenzada, cuando un torbellino, rodeando á aquel árbol gigantesco, lo tiró por tierra, y lo rompió en cuatro pedazos. Muchos, al presenciar esto, perdieron la confianza que tenían en sus dioses, y pidieron el bautismo. Bonifacio hizo servir la madera de esta encina, reputada inviolable, para la construccion de una capilla en honor de San Pedro.

Penetró tambien en Sajonia, pero sin resultado. En Turingia edificó muchos monasterios, uno de los cuales fué el de Ordruf, cerca de Mulberg, y construyó la iglesia de Altenberg, entre el Lena y la ribera de Apfelstadt. El número de las conversiones le obligó pronto á traer de Inglaterra nuevos auxiliares; los más notables fueron Burkardo, Lulle, los hermanos Willibald y Wunibald, Wita; entre las mujeres (de las cuales la mayor parte dirigian conventos de monjas) la sabia Cunetrudis, que trabajó en Baviera; Tecla (en Kitzingen y Ochsenfurt); Lioba (en Bischofsheim, sobre el Tauber); Walpurgis ó Wallburga (en el convento de Heidenheim).

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 27.

Bonifac., *Ep.* XII, XVIII, XXII, XXIV, XXVI, ed. *Juramento de San Bonifacio*, Othlon., I, 19; Jaffé, p. 76; Ludgeri *Vita S. Gregor.* (de Utrecht), ap. Mabill., loc. cit., III, V, p. 241. Conventos de San Bonifacio, Othl., I, 90; Willib. Vit., *capitulum VIII.* — Zell, *Lioba und die frommen angelsächsischen Frauen*, Friborg, 1860.

Primer concilio alemán.

28. Gregorio II murió en 731. Bonifacio recibió del sucesor de San

Gregorio III, á quien envió delegados para asegurarle su sumision, los mismos testimonios de benevolencia. Gregorio III le nombró Arzobispo y Vicario apostólico; le dió el palio, con la autorizacion de establecer Obispos en los lugares donde el número de los fieles se hubiera multiplicado (732). Bonifacio, que durante este tiempo (735) ejercía tambien su actividad en Baviera, donde abusos de todo género y herejías amenazaban ahogar la semilla de la divina palabra, dilató hasta su tercer viaje á Roma (738) el establecimiento de nuevos obispados, á causa de las guerras de Carlos Martel y de otros obstáculos; limitóse á fundar algunos conventos, como el de Fritzlar. Trajo de Roma (739) muchas cartas del Papa, en las cuales los obispos de Baviera y Alemania eran invitados á reunirse con él en Concilio. A instancias del duque Odilon se presentó en Baviera, á la cual dividió en cuatro diócesis. Ordenó obispo de Salzburgo á Juan, que habia venido de Inglaterra; obispo de Frisinga á Erembrecht, hermano de Corbiniano; de Ratisbona á Gualbaldo ó Goibaldo, y de Passau á Vivilon, ya consagrado por el Papa.

Bonifacio se encaminó despues á Turingia y Hesse, donde fundó tambien cuatro obispados (741): Wurtzburgo, cuya Silla fué ocupada por Burkardo; Buraburgo (Burberg) cerca de Fritzlar, para el cual ordenó á Wita (Wizzo, Albinus); Erfurt y Eichstædt, que fueron confiados á Adalar y á Willibaldo. Para los tres primeros, Bonifacio pidió y obtuvo la confirmacion del papa Zacarias, exigida por el cánón IV de Sárdica para las localidades importantes. Willibaldo, aunque ordenado Obispo desde el 22 de Octubre de 741 en el castillo de Salza, sobre el rio Saale (Franconia), tuvo que comenzar por construir la iglesia y pueblo de Eichstædt; por esta causa su confirmacion no fué pedida hasta más tarde.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 28.

Héféle, Conc. III, p. 450 y sig. (2.ª ed., p. 491 y sig.).

Primer concilio aleman.

29. Poco tiempo despues de la muerte de Carlos Martel (15 de Octubre de 741), su hijo Carloman, que habia heredado su soberania sobre los francos orientales, llamó á Bonifacio á su corte, y le manifestó el deseo de que se convocase un gran Concilio para regularizar y mejorar los asuntos eclesiásticos. Bonifacio solicitó los consejos y las instrucciones del Papa, principalmente en lo que concernia á muchos sacerdotes indignos, que intentaban á menudo justificarse, pretendiendo que el clero de Roma no valia más que ellos, y permanecía, sin embargo, impune. El papa Zacarias (1.º de Abril de 742) respondió á Bonifacio que

debía llevar á cabo su proyecto, proceder contra los clérigos viciosos, segun el rigor de los Cánones, y no dar crédito alguno á los eclesiásticos adúlteros, porque él habia reprimido severamente todos los desórdenes que habia descubierto en Roma; que Carloman debía, lo mismo que Bonifacio, asistir á la asamblea.

Se habian hecho todos los preparativos, y el primer concilio aleman se abrió el 21 de Abril de 742. Veianse en él, además de Bonifacio y los nuevos obispos de Wurtzburgo, Buraburgo, Eichstædt, á los de Colonia (Ragenfried), de Strasburgo, etc. El Concilio confirmó á los Obispos nuevamente elegidos, ordenó que se devolvieran los bienes quitados á la Iglesia, que fueran castigados los sacerdotes escandalosos y que el Concilio se celebrara todos los años. Prohibióse á los clérigos llevar armas, combatir, ir á la guerra, cazar en los bosques, llevar los trajes cortos de los seglares, cometer cualquier pecado de impureza. Prescribióse á los monjes y monjas la observacion de la regla de San Benito, y se declaró ser deber de los Obispos visitar las iglesias y extirpar los usos paganos. Otro Concilio celebrado en Liffina confirmó estos decretos y los aumentó, castigó con penas pecuniarias las prácticas supersticiosas, prohibió dejar esclavos en poder de paganos, explicó el impedimento de matrimonios por el parentesco espiritual, y adoptó diferentes medidas sobre la instruccion de los fieles. A fin de que nadie pudiese justificarse por ignorancia, se extendió un catálogo de las prácticas paganas y supersticiosas que debían ser abolidas.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 29.

Conc. German., I; Baron., an. 472, n. 21; Mansi, XII, 365 y sig.; Conc. Liffin., al. Leptin.; Mansi, XII, 370 y sig.; Pertz, Mon. G., III, p. 18; Hartzheim, Concil. Germ., Colon., 1760 y sig., t. I, p. 50; Binterim, Gesch. der deutschen Nation und ihre Conc., t. I; Héféle, III, p. 464 y sig. (2.ª edic., p. 497 y sig.).

Usos paganos prohibidos por el primer Concilio aleman.

30. Entre estas prácticas se notaban: los sacrificios y comidas fúnebres, la combustion de cadáveres con los objetos dejados por los difuntos, los caballos (y á menudo tambien las mujeres y los esclavos); las fiestas de regocijo celebradas en el mes de Febrero con sacrificios de puerocos (*spurcalia*) en honor del sol cuando sube por el firmamento; la visita de las capillas dedicadas á los idolos en las fiestas privadas; la profanacion de las iglesias con cantos mundanos, danzas, festines, torneos; los sacrificios en las selvas, sobre rocas ó piedras; los sacrificios á Mercurio (Wodan), y á Júpiter (Thunen); los que los nuevos convertidos ofrecían á los santos, imitando lo que se practicaba otras veces en los

sacrificios paganos; los amuletos, las cintas, los diversos objetos que se llevaban al cuello y que debían servir de preservativo contra la magia, ó de remedios en las enfermedades; los manantiales, las fuentes destinadas á los sacrificios, las palabras mágicas, la adivinación consultando las entrañas de los pájaros ó de los caballos y los excrementos de los toros; los sortilegios, la interpretación de los signos, el *nod. fr.*, especie de fuego que el vulgo tenía por milagroso, porque se le obtenía frotando dos pedazos de madera uno con otro, sobre el cual se saltaba para preservarse de desgracias, y cuyo humo se tenía por un remedio; profetizar lo futuro por la inspección del cerebro de los animales, ó sacrificar éstos; las prácticas que se hacían al fuego del hogar ó comenzando algún trabajo; la creencia en lugares de maldición; el uso supersticioso de las hierbas, especialmente del gallium; las fiestas consagradas á Júpiter y á Mercurio; las invocaciones á la luna en el tiempo de su eclipse; la creencia en los espíritus que presiden el tiempo, y el culto á los estanques; correr á la manera de los paganos con vestidos y zapatos hechos pedazos; tributar honores divinos á todos los difuntos que habían sido valientes guerreros; á los ídolos hechos con levadura de harina, etc., y llevar ídolos en procesion por los campos, confeccionar piés y manos á imitación de las imágenes votivas; creer que las mujeres pueden ganar el corazón de los hombres con procedimientos mágicos.

Se debe también á este Concilio la célebre fórmula de profesion de fe y de abjuración, por la cual el neófito debía renunciar « á Thor (Donnar), Wodan y Saxnot, y á todos los espíritus perversos sus compañeros. » Este es uno de los monumentos importantes de la lengua alemana. Se comenzó desde entonces á enseñar á los pueblos algunas oraciones en alemán y á explicarles en esta lengua las lecciones de la Santa Escritura.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 30.

« Indiculus superstitionum et paganismorum » en treinta títulos, Pertz, loc. cit., p. 19. Los comentarios han sido dados por G. ab Eckart, Op. cit., lib. XXIII, n. 24-53, p. 407-440; Grimm, Mythol., p. 203; append., p. III, vi, en fol.; Mone, Gesch. des Heidenth. im nördl. Europa, part. II; Binterim, Denkw., VI, II, p. 531 y siguiente; J. Sterzinger, en las Neuen hist. Abhdlg. der kurfürstl. b. Acad. der Wiss., t. II, p. 381 y sig.; Fr.-Ant. Mayer, Abhdlg. über die von dem Liptin. Concilium aufgezählten abergläub u. neidin. Gebräuche der alten Teustehen, Ingolstadt, en Attenkover, 5.^a ed. (probablemente 1805-1810); Seiters, p. 386 y sig.; Hefelé, III, p. 471 y sig. (II, p. 505 y sig.). — Mayer, p. 64 y sig., explica las « Nimmidas », tit. vi, por el grito: « Toma esto » (Nim dat), que se profecía delante de los árboles ofreciendo dones para los sacrificios; y en el título xvii, De cerebri animalium, ve (p. 120) algo análogo á los arúspices. Sobre los títulos xx, xxii, xxx, véase *ibid.*, p. 135, 141 y sig., 160 y sig.; Formula abrenunciacionis, publicada por primera vez por Fernando de Fürstenberg, Monum. Paderborn., 1699, y por

Eckart, loc. cit., t. I, p. 405 y sig.; mejor en 1839 por Maszmann; Pertz, loc. cit., p. 19; Hefelé, p. 470 (504). El concilio de Liffina (ciudad en el Hennegau belga, cerca de Binche) es ordinariamente colocado en 743, hasta por Jaffé y Hefelé; H. Hahn lo coloca en 745.

Otros Concilios.

31. San Bonifacio remitió al papa Zacarías una relación de lo ocurrido en este Concilio, y le envió delegados, de acuerdo con los dos mayordomos de palacio Pipino y Carloman. Ya con asentimiento de Pipino había extendido su actividad hasta la parte occidental del reino de los francos, la Neustria, donde el vínculo metropolitano estaba casi completamente disuelto y abolida la institución del Concilio provincial desde hacía ochenta años. Había nombrado á Grimon, obispo de Reims, metropolitano de Ruan; á Abel, metropolitano de Reims, y á Hartberto, de Sans; pidió y obtuvo para ellos el palio. Sin embargo, la constitución metropolitana se restableció lentamente. El poderoso Milon ocupaba á Tréveris y á Reims, y no quería ceder ante Abel.

En Marzo de 744, San Bonifacio, como legado de la Santa Sede, celebró en Soissons un gran Concilio de veintitres Obispos, cuyos Cánones fueron promulgados como leyes civiles y después, en 745, un Concilio general de los francos, que condenó á sacerdotes criminales y depuso al obispo de Maguncia Gewilieb por haber traidoramente asesinado al homicida de su padre. Este Concilio decidió que Colonia fuese la metrópoli de San Bonifacio, y publicó gran número de Cánones y cartas.

También esta vez San Bonifacio informó al Papa, y le pidió con su confirmación consejos é instrucciones nuevas. Envío á Roma en el mismo año al sacerdote Deneard, que asistió al concilio de Letran (Octubre de 745). Nuestro santo tuvo mucho que sufrir en este tiempo por parte de los herejes Adalberto y Clemente y de los que éstos habían seducido. El Papa vino en su auxilio, escribió en su favor á los Príncipes de los francos, y pronunció un juicio severo contra sus opresores.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 31.

Zachar., Ad Bonif., Ep. LIX, LX, ed. Würdtw.; Ep. XLVIII, XLIX, ed. Jaffé; Concil. Suession., 744; Mansi, XII, append., p. 111 y sig.; Pertz, III, p. 20; Hefelé, p. 484 y sig. (518 y sig.); Con. gener., 745, Mansi, XII, 371; Hefelé, p. 483 y sig. (522 y sig.); Conc. Rom., Mansi, loc. cit., p. 375 y sig.; Analecta juris pontificii, 1867, p. 1122 y sig.; Hefelé, p. 501 y sig. (533 y sig.).

Bonifacio y la Santa Sede.

32. Jamás emprendía Bonifacio cosa alguna sin haber consultado á la Santa Sede; recurria á ésta no solamente en las circunstancias gra-

ves, sino tambien para cuestiones relativamente poco importantes. Lo que le determinaba era: 1.º, el respeto debido al sucesor de San Pedro y la conviccion profunda de que era preciso á toda costa mantener la unidad eclesiástica; 2.º, la humildad y la desconfianza de su propio juicio, virtud natural en un hombre educado en la obediencia monástica; 3.º, el ejemplo del apóstol de Inglaterra Agustin y otros misioneros que se dirigian á la Santa Sede para asuntos de todas clases; 4.º, las dificultades de su posicion, porque hallaba en Alemania gran número de usos contrarios á los de Inglaterra, y una multitud de errores recibidos de Arrio y otros sectarios. Como tampoco habia tenido ocasion de familiarizarse con los detalles de la administracion eclesiástica, encontraba numerosos contradictores, con respecto á los cuales toda prudencia le parecia poca.

Las consultas dirigidas á la Santa Sede, bajo cuatro Papas diferentes, por el gran Arzobispo, concernian á las más diversas materias: si es lícito comer carne de puerco y de caballo (Gregorio prohibió la carne de caballo á causa de las costumbres groseras de los germanos); sobre la manera de proceder en los bautismos dudosos; sobre las penitencias que debian imponerse por diferentes crímenes; sobre la oracion por los muertos; sobre la doctrina de Virgilio, de que hay en la tierra otro mundo y otros hombres, opinion que fué condenada por el papa Zacarias, porque admitir los antipodas era, segun las nociones geográficas de este tiempo, negar la unidad del género humano enseñada por la Escritura y por la Iglesia.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 32.

Contra las censuras dirigidas al santo por Gieseler, K.-G., II, III, p. 22, ed. 1831, y otros protestantes, véase Ritter, K.-G., I, p. 348 (6.ª edic.); Moehler-Gams, II, p. 85.

Habiendo bautizado un sacerdote ignorante *in nomine patrie et filii et spiritus sancti*, San Bonifacio quiso que se repitiese el bautismo. Dos sacerdotes bávaros le acusaron al Papa, quien se declaró (en 744 y 748) por la validez del bautismo, á pesar de la falta gramatical. Bon., Ep. LXII, LXXXII, ed. Würdtw. La doctrina de Virgilio: «*Quod alius mundus et alii homines sub terra sint*,» fué condenada por Zacarias, 748, Ep. LXXXII, ed. Würdtw.; Ep. LXXI, ed. Giles. Sobre el sentido de esta doctrina, véase Néander, II, p. 34, 3.ª ed.; Seiters, p. 434 y sig.; Hefelé, p. 523, n. 1 (p. 557). Entre los antiguos, véase San Jerónimo, II, xxviii, 2.ª y, entre los autores más modernos, la censura dirigida por Focio á Clemente de Roma, Bibl., cod. 126.

La metrópoli de Maguncia.

33. En virtud de una ordenanza dada por los señores temporales y espirituales, Bonifacio obtuvo por metrópoli á Maguncia (746) en lugar

de Colonia, que fué dada más tarde á Agilulfo. La nueva metrópoli, confirmada por el Papa en 748, tenia por sufragáneos los obispados de Utrecht, Tongra, Colonia, Worms, Spira, Strasburgo, Augsburg, Coira, Constanza, Wurzburg, Eichstätt, Buraburgo y Erfurt. Estos dos últimos no tardaron en desaparecer. El segundo obispo de Buraburgo, Magingoz, fijó su silla en Fritzlar, pero esta ciudad tocó á Maguncia con el Hesse francés. Erfurt fué igualmente reunido á Maguncia en 753. Más tarde, estas sillas fueron reemplazadas por Paderborn y Halberstadt. Colonia sostuvo al principio que Utrecht debía estar sometida á ella como obispado sufragáneo; San Bonifacio se opuso á esta pretension y quiso que Utrecht dependiera inmediatamente de la Santa Sede. Sin embargo, Colonia obtuvo posteriormente (794-799) la dignidad de metrópoli con Utrecht por sufragáneo.

San Bonifacio, que nunca perdía de vista la conversion de los frisones, pidió al Papa que le diera un sucesor; obtuvo sólo la facultad de escoger un coadjutor con derecho de sucesion. Celebró todavía muchos Concilios, en los que publicó veintiséis capítulos enviados por el papa Zacarias, así como muchos estatutos. Intentó tambien venir en auxilio de su Iglesia natal, que habia caído en extrema confusion. Celebróse un Sinodo reformador en 747 en Cloveshoé, por sus cuidados y á instancia del papa Zacarias.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 33.

Hefelé, III, p. 511 y sig. (2.ª edic., aumentada, p. 544 y sig., §§ 368 y sig.). Sobre Dünzelmans, Untersuchungen über die ersten unter Carlmann und Pipin gehaltenen Synoden, véase Jaffé (Forschungen z. deutschen Gesch. X, p. 422 y sig.). Hahn (Gott. Gel. Anzeigen, 1870, I, 1132. Véase además Hefelé, 2.ª ed., p. 559). Organizacion eclesiástica en Alemania, Othl., II, 14; Mansi, XII, 339, 348; Serrar., loc. cit., lib. I, cap. xx y sig.; Binterim, Denkw., I, II, p. 606; Capitula Zachariae P., mejor en Harduin, III, 1889 y sig.; Statuta synod. Bonif., Hartzheim, I, p. 54 y sig., 73; Mansi, XII, 383; app., p. 108. Concilio de Cloveshohe, Mansi, loc. cit., p. 365 y sig.; Harduin, III, p. 1951 y sig.; Hefelé, p. 512 y sig., 525 y sig., 543 y sig. (2.ª ed., p. 545, 568 y sig., 580).

El convento de Fulda.

34. Entretanto (742-744) San Bonifacio habia puesto las bases del monasterio de Fulda, que fué su obra favorita. Uno de sus más hábiles discípulos era Sturm, jóven caballero de Baviera, cuya educacion le habian confiado sus padres; fué formado en Fritzlar por el abad Wigberto, y luego ordenado sacerdote. Sturm deseaba tambien vivamente fundar un monasterio. Bonifacio consintió en ello con tanto más gusto cuanto que consideraba los conventos como especies de colonias en un

suelo apenas conquistado, como fortalezas en cantones nuevamente convertidos, como una base de operaciones para otras empresas. Envió á Sturm, con dos compañeros, á la soledad de Buchenwald (Buchonia) para escoger un lugar conveniente. Después de numerosas investigaciones, Sturm fijó su elección en un lugar situado en el canton de Grabsfeld. La elección fué aprobada por Bonifacio. Este nuevo monasterio, cuyo primer abad fué Sturm, llegó á ser la morada preferida de San Bonifacio, que se dirigió allí cada año para descansar un instante de las fatigas del apostolado. Los monjes, no contentos con observar con rigor la regla de San Benito, la extremaban todavía. A la muerte de Sturm (799) la casa contaba 400 miembros, sin incluir los novicios. Fulda fué el más importante establecimiento de instrucción para el clero; rivalizó con Reichenan y San Gall en la piedad, la ciencia y el cultivo de las Bellas artes. Grande y magnífico plantel, cuyos frutos iba á recoger la posteridad.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 34.

Egl. Vita S. Sturmii, ap. Mabillon., loc. cit., III, II, p. 270 y sig.; Bruno, Lebensgesch. des hl. Sturmii, Fulda, 1779; Rettberg, I, p. 370 y sig.; Chr. Broveri, Antiquit. Fuld., lib. IV, Antw., 1612, en 4.º; J.-F. Schannat, Corp. probat. hist. Fuld. s. donat., Lips., 1724, en fol.; J.-F. Schannat, Corp. probat. hist. Fuld. s. donat., Lips., 1724, en fol.; G. Zimmermann, De rer. Fuldens. primordiis diss., Gies., 1841, en 4.º; Dronke, Cod. diplom. Fuld., Cassel, 1850, con tabla por Schminke, ibid., 1862; Schwarz, Ueber Gründung u. Urgesch. des Klosters Fulda, (Programm), Fulda, 1856; J.-F. Nick, Der hl. Sturmii, Fulda, 1865.

Martirio de San Bonifacio.

35. Así es como un pobre monje, que treinta años antes había abandonado las riberas de la Frisia, después de inútiles tentativas, llegó á fuerza de valor, de confianza en Dios y de ardor infatigable, á ganar para el Evangelio á poblaciones inmensas, de las cuales había venido á ser padre espiritual. Arzobispo y legado del Papa, investido de extensos poderes, áun sobre la Austrasia y la Neustria, había convertido á numerosos paganos, organizado las cosas eclesiásticas, abolido ininidad de abusos, renovado la institucion sinodal en el Imperio de los francos, echado, en fin, los fundamentos de la civilizacion y de la cultura de los germanos. Su vida no fué otra cosa que un encadenamiento continuo de tribulaciones y combates. Jefes de pueblos, herejes, sacerdotes corrompidos, Obispos envidiosos y llenos de ambicion, todo servia de obstáculo contra él. Lo que él había edificado laboriosamente, otros lo destruian en seguida. Pero su alma no conocia el desfallecimiento; emprendia de nuevo las obras, vencía con su presencia las dificultades, restablecia la

concordia, trabajaba en dar consistencia á sus fundaciones, protegía á los Obispos contra las depredaciones y malos tratamientos de los grandes de la tierra, siempre estrechamente unido al jefe de la Iglesia, así como al reino de los francos, que recibió nuevo esplendor con Pipino, coronado por Bonifacio en Soissons en 752, y mantenía, en fin, en las buenas costumbres y en la disciplina cristiana á los fieles confiados á su custodia.

¿Qué descanso podía darse un hombre que predicaba la fe en tan vastas regiones, fundador de tantos monasterios é iglesias, metropolitano de trece Obispos, restaurador de la disciplina eclesiástica decaída? En 753 anunciaba todavía al Papa, que trabajaba en levantar más de treinta iglesias destruidas por los paganos. Hubiera podido pasar en el reposo su vejez; pero su celo apostólico le llevó á los frisones, que habían recibido las primicias de sus trabajos; allí era donde le aguardaba la corona del martirio. Con el consentimiento del papa Estéban y de Pipino, ordenó Obispo á su discípulo Lulle, le puso en lugar suyo en la Silla de Maguncia, y le confió toda la administracion. Después, olvidando los achaques de su edad y las incomodidades del camino, se dirigió á la Frisia, seguido de un Obispo (Eoban de Utrecht), de tres sacerdotes, tres diáconos, cuatro monjes y algunos seglares. Después de una feliz navegacion por el Rhin, llegó al país de los frisones, donde instruyó y bautizó á millares de idólatras. El 5 de Junio de 755, mientras aguardaba á orillas del Burda, no lejos de Dokingue ó Dorcum, á muchos neófitos para darles la confirmacion, sobrevino una tropa de paganos armados que habían jurado dar muerte al enemigo de sus dioses. Bonifacio prohibió toda resistencia á sus compañeros, les exhortó á poner su confianza en Dios y á recibir con alegría lo que Él permitía para su salvacion. Fué degollado con la mayor parte de sus compañeros por los furiosos paganos, después de haber llegado á los setenta y cinco años de edad.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 35.

La participacion de San Bonifacio en la elevacion de los carlovingios ha sido puesta en duda por Eckart, Rettberg, Heusser, Alberdingk-Thijm, etc., y sostenida por otros, principalmente por Oelsner (De Pipino rege Franc., 1853, p. 15 y sig.; Jahrbücher des frank. Reiches unter K. Pipin., 1871). Las obras, en Barmann, Die Politik der Papste, I, p. 231, n. 1); Hétiel, III, p. 571-573, 2.ª edic. La mayoría, comprendiendo en ella á Rettberg y Seiter, cree que San Bonifacio murió en 755; otros en 754, tales como Sichel, Forsch. z. dtsh. Gesch., IV, 459; Sitzungsber. der Wiener Akad. der Wiss., 47 vol., II, p. 606; Oelsner, op. cit. Contra éste véase Will, Tüb. theol. Q.-Schr., 1873, III.

36. La sangre de estos mártires fecundizó la semilla del cristianismo

en la Frisia, y la conversion del país fué rápida. Lieja, Maguncia, Utrecht y Fulda se disputaron los huesos del grande apóstol; pero fueron, conforme á su expresa voluntad, llevados á Fulda, donde son honrados desde hace diez siglos. El bienhechor de Alemania sobrevivió en la memoria agradecida de sus discípulos é hijos espirituales, que continuaron obrando segun su espíritu, como Burchart de Wurzburg, Willibald de Eichstædt, Lulle de Maguncia (muerto en 786), los abades Gregorio de Utrecht (muerto en 781) y Sturm de Fulda (muerto en 799). Las filas de los paganos se aclararon más y mas en la Franconia oriental, sobre el Rhin y el Danubio. Ya en 756 un concilio de Inglaterra, celebrado bajo Cuthberto, arzobispo de Cantorbery, adoptaba la resolucion de celebrar todos los años en Inglaterra el 5 de Junio el aniversario de la muerte de San Bonifacio.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 36.

Cudbert, archiep., ad Lull., p. 293, ed. Würdtw.; Mansi, XII, 585; Hefele, III, p. 553 (2.ª ed., 502).—Gfrörer, Z. Gesch. der deutschen Volksrechte, I, p. 321.

Conversion de los sajones.—Los sajones y el cristianismo.

37. Los sajones, amantes de su libertad, se mostraban tan rebeldes al cristianismo como enemigos de la dominacion de los francos, para los cuales eran vecinos por extremo peligrosos y turbulentos. Sajonia comenzaba hácia el Oeste del Weser y se extendia hasta el Báltico y el Eyder de una parte, y de la otra un poco más allá del Elba; tenia, pues, por límites la Turingia, la Francia rhiniana, la Frisia, el país de los daneses y las poblaciones eslavas establecidas al Oeste del Oder. Comprendia tres tribus: los westfalios, los ostfalios y los angros. Sin ciudades ni Reyes, los sajones vivían bajo la direccion de jueces y condes libremente elegidos en cantones distintos. Se dividían en nobles, hombres libres y esclavos. Valientes y crueles, temidos sobre todo por sus incursiones devastadoras en el territorio de los francos cristianos, destruían las iglesias, asesinaban á los sacerdotes y á los fieles, y llevaban multitud de cautivos, de los cuales muchos eran destinados á la muerte.

En 695 ó 696 habían dado muerte á los dos Ewaldos, misioneros anglo-sajones, y la misma suerte amenazaba á los demás misioneros de la fe. Cárlos Martel y Pipino se vieron obligados con frecuencia á marchar contra ellos; pero sólo á costa de muchas dificultades les era posible establecerse de un modo sólido y durable en un país que á cada paso hacían inaccesible los lagos, los ríos, las selvas, las montañas. El resultado ordinario de las victorias de los francos era un tributo anual; pero éste era á menudo rehusado y no podia evitar nuevas hostilidades.

En 753, Pipino, victorioso, les habia impuesto por condicion que tolerasen á los predicadores cristianos. Gregorio de Utrecht y San Lebuin (muerto en 773) sólo obtuvieron un éxito parcial, y los sajones faltaron más de una vez á su palabra.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 37.

Passio SS. Ewaldorum, Beda, Hist. eccl. Angl., V, 10; Vita S. Lebuini Frisor. et Westphal. ap., auctore Hubaldo (sæc. x.); Strunk, Westphal. sacra, ed. Giefers, II, p. 19 y sig.; Pertz, M. G., t. II.

Guerras de Carlomagno contra los sajones.

38. Carlomagno siguió la guerra contra los sajones con todo el vigor de que era capaz. Estaba resuelto á ella por el deber de proteger á los francos contra las depredaciones de este pueblo, y por la necesidad de una justa defensa; porque la experiencia le habia demostrado que los sajones paganos no podían vivir en paz con los francos bautizados, y que no tenían escrúpulo alguno en romper todos los tratados. Cárlos se vió obligado á emprender contra los sajones la guerra con el fin de someterlos; guerra tanto más sangrienta cuanto que era al mismo tiempo de religion. Los sajones odiaban al cristianismo por amor á su antiguo culto y por aborrecimiento á los francos; éstos, á su vez, no podían esperar reposo alguno mientras no los hubieran sometido al yugo del cristianismo. Cárlos tendia, además, á reunir todas las tribus alemanas en un solo pueblo y en un solo imperio (lo cual nunca hubiera sido posible sin la sujecion de los sajones), así como á implantar la Iglesia en el Norte de Alemania.

Imputar á Carlomagno el haber arrebatado contra toda equidad la libertad á un pueblo valeroso, y haberle impuesto por la fuerza el cristianismo, seria una acusacion absolutamente injusta en lo que concierne á la causa y al principio de la lucha. Cárlos tenia mucho más derecho á emprender esta guerra que los franceses actuales lo tienen á combatir en Argelia á las tribus árabes. Cualquiera soberano, deseoso de poner en seguridad á su pueblo y á su país, hubiera hecho otro tanto. Sin la sumision de los sajones, las provincias orientales del Imperio franco, destituidas de toda proteccion, habrían sido presa de este enemigo, y el Imperio de los francos, bajo sus débiles sucesores, habria caído bajo la dominacion sajona. Posteriormente, cuando los sucesores de Carlomagno descuidaron el inquietar á los normandos en sus lejanas residencias, el Imperio franco lo expió cruelmente. Por lo demás, como Carlomagno estaba con frecuencia ocupado en Hungría, en Italia y España, no le fué siempre posible aprovecharse enteramente de sus victorias, y tuvo que

contentarse más de una vez con una semisujeción que permitía á los vencidos rebelarse de nuevo y violar los pactos. Si sólo hubiera sido conquistador, España y la Italia meridional hubieran podido seguramente satisfacer con exceso su ambición y sed de dominio. Finalmente, la Iglesia pedía también el ser sostenida y propagada. Por otra parte, Carlomagno empleó al principio solamente buenos medios; quería, siguiendo el consejo de Aleuino, convertir á los sajones instruyéndolos. Desde luego, sólo exigió la admisión de los sacerdotes cristianos, y que éstos tuvieran el derecho de predicar sin obstáculos; él mismo les suministraba los medios materiales. Sólo después de la violación de los tratados, de las barbaries reiteradas, fué cuando procedió con más rigor contra los sajones á fin de espantarlos para lo futuro. Si cometió en esto diferentes crueldades, parece que eran ordenadas por las circunstancias y reclamadas por la conducta de los mismos que eran objeto de ellas. De cualquier modo que sea, nadie tiene el derecho de hacer á la Iglesia responsable de los actos de su gobierno.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 38.

Eginhard, Vita Carol. M., cap. VII; Annal. Metens., an. 753 y sig.; Annal. Guelpherbytani, 769-805; Pertz, loc. cit.; Poeta Saxo, De gest. Car., Migne (771-814); Aleuino, Ep. XXXVII, LXXX; Leo, Vorles. über deutsche Gesch., I, p. 498, 503; Ritter, K.-G., I, p. 355, 6.ª edic.

39. La guerra, muchas veces interrumpida, duró treinta y tres años (772-804). Desde el principio fué derribado el Irmensul ó columna de Arminio, que, según los sajones, sostenía al orbe y era honrado como santuario nacional. Los vencedores exigían doce rehenes y la promesa de que los sajones no se opondrían á la entrada de los mensajeros de la fe. Sin embargo, poco tiempo después los sajones expulsaron á los misioneros, borraron todas las huellas del cristianismo é hicieron nuevas invasiones. Cárlos los venció de nuevo en 776. Se resolvió en una asamblea celebrada en Paderborn (777) por los principales del clero y de los seglares que se exigiría á todos los sajones la promesa con juramento de permanecer fieles al cristianismo, y que, en caso contrario, sus bienes serían confiscados. Los jefes, excepto Wittikind, que huyó á Dinamarca (entonces habitada por los normandos), aceptaron estas condiciones. Pero no tardó en estallar una nueva sublevación. Los sajones recorrieron el país hasta Colonia y Fulda, robando y devastándolo todo á su paso, hasta el punto de que fué preciso quitar de allí las reliquias de San Bonifacio (778). Un ejército franco los rechazó.

Mayor éxito tuvo aún otra expedición en 780. En 782, nueva insurrección más violenta que las anteriores. Extremóse la crueldad de una y

otra parte, usando del hierro y del fuego con indecible furor. Los sajones destruyeron las iglesias y asesinaron á los sacerdotes de que lograron apoderarse. Cuando el Rey, definitivamente victorioso, los sujetó de nuevo, creyóse en el caso de obrar con toda severidad, á fin de evitar otras tentativas, y también porque estaba irritado de tanta barbarie. Hizo condenar á muerte en Verden á 4.500 rebeldes (783). Una nueva rebelión terminó con otra derrota de los sajones. En 785-787, sus generales Wittikind y Alboin se hicieron bautizar en Attigny, y muchos nobles imitaron su ejemplo. Desde entonces, los sacerdotes pudieron trabajar sin obstáculo en la conversión del pueblo, y se estableció poco á poco la división de diócesis, que había sido resuelta en una Dieta en Paderborn. Promulgaróse penas severas contra los que profanasen ó destruyesen las iglesias, observasen los usos paganos, asesinasen clérigos, etc. Sin embargo, el fuego del odio se ocultaba aún bajo la ceniza. Todavía en 793 estallaron insurrecciones, provocadas principalmente por la opresión del ejército franco y por los diezmos eclesiásticos. Carlomagno domó á los rebeldes y relegó á una parte de los sajones á otras comarcas. Los más obstinados en prolongar la lucha fueron los albingenos del Norte, que habitaban más allá del Elba, en el Holstein actual. El pueblo sajón no fué definitivamente subyugado hasta el año de 804.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 39.

Jacob Grimm, Irmenstrasse und Irmensæule, Viena, 1815; Hagen, Irmin, Breslau, 1817; Rettberg, II, p. 385; Zeitschr. des westphäl. Vereins für Gesch., t. VIII; Hoelscher, De Irimini Dei natura nominisque origine, Bonn., 1835; Einhard., Ann., an. 777, 782 y sig.; Fnnk, Ueber die Unterwerfung der Sachsen unter Carl d. Gr. (Schlosser, Archiv für Gesch. und Lit., 1833, t. IV, p. 293 y sig.); Hefelé, Concilios, p. 580 y sig. (2.ª edic., p. 635 y sig.).

Medidas de Carlomagno.

40. Carlomagno garantizó á los sajones los mismos derechos y privilegios que á los francos; respetó las leyes y libertades de su país en cuanto no tenían carácter pagano; los colocó bajo jueces y generales nombrados por el rey; les eximió de todo impuesto con respecto al reino franco, con tal de que suministrasen á los Obispos y al clero las rentas establecidas entre los francos. Muchos sajones se hicieron bautizar con sus hijos y se sometieron á las órdenes del Rey. Otros, en gran número, permanecieron secretamente adictos á la idolatría y á los usos del paganismo, y fué preciso publicar nuevas leyes para evitar apostasías. Carlomagno juzgaba esta vuelta al paganismo como un crimen doble, un desprecio á Dios y una desobediencia á su ley, y además como la

ruptura de una paz ventajosa, otorgada con la única condición de que los sajones abrazaran el cristianismo.

Hubo, es cierto, amenazas contra los que rehusasen el bautismo, quemasen los cadáveres, como hacían los paganos, saqueasen las iglesias, comiesen carne en Cuaresma ó conspirasen contra el Rey y el cristianismo; pero rara vez fueron ejecutadas. Los que confesaban y practicaban las penitencias eclesiásticas, obtenían fácilmente el perdón ó la remisión de una parte de la pena. Otros crímenes eran castigados con multas. Fuera de esto, las condiciones de la paz eran muy dulces. No se tocó á la propiedad de los sajones, lo que los germanos victoriosos no habían hecho ántes con respecto á los galo-romanos. Si fueron impuestos los diezmos eclesiásticos, esto era porque no podía contarse con dones voluntarios y no se quería gravar á los francos con los gastos considerables que exigía el sostenimiento de las iglesias y escuelas, de los clérigos y de los pobres. Además, los sajones fueron exentos del tributo anual que se pagaba al Rey; el reino de los francos no podía esperar reposo ni estabilidad mientras los sajones conservaran su antigua manera de vivir, mientras persistieran en su odio contra los francos y el cristianismo, tanto más, cuanto que podían fácilmente aliarse con los eslavos y daneses, paganos todavía. La unidad de religión era el único medio de enlazar de un modo permanente al pueblo sajón con el Imperio de los francos. La política exigía, pues, también que se insistiese principalmente en que recibiesen el bautismo, y los señores sajones fueron á menudo impulsados á ello con ricos presentes.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 40.

Capitulatio de partibus Saxoniae (Capitul. reg. Fr., t. I, p. 253, ed. Baluz.; Pertz, Leg., I, p. 48; Cod. Carol., Ep. LXXX (Cenni, Monum. dominat. pontif., I, 465).

Misioneros entre los sajones.

41. Muchos sacerdotes piadosos y sabios fueron empleados en la conversión é instrucción de los sajones. El abad Sturm acompañaba al Rey en sus expediciones. Willhad, sacerdote de Nortumberland, que había legado á Frisia en 772, y predicaba en los lugares consagrados por la muerte de San Bonifacio, fué enviado por Carlomagno á las orillas del Weser (779). Cuando estalló la guerra de 772 se refugió en la Frisia mientras muchos de sus compañeros sufrieron el martirio. Hasta 785 no pudo volver al teatro de sus trabajos. Fué el primer obispo de la diócesis de Brema, fundada recientemente, y murió allí en 789. San Ludgero de Utrecht, discípulo del abad Gregorio y del sabio Alcuino, sacerdote desde 777, predicó al principio en la Frisia oriental (787) y más

tarde en Westfalia, donde levantó en el sitio llamado Mimigernsford (Mimigardenfort) un monasterio (Münster), que vino á ser el centro de sus misiones. Fué consagrado en 802 primer obispo de Münster, y murió en 809, despues de una vida llena de buenas obras. En 798 bantizó á los sajones orientales cerca de Helmstadt, y fundó hácia el 800 el monasterio de Verden.

Las estaciones de las misiones establecidas en Minden y Verden, y administradas anteriormente por el monasterio de Amorbach, en el Odenwald, recibieron también Obispos; la primera á Heriberto, la segunda á Suitberto. Vinieron en seguida Heilingenstadt (más tarde Halberstadt), Hildesheim, así como el Monasterio de Nueva-Corbie y de Herford, fundado en tiempo de Ludovico Pio. En suma: la circunscripción eclesiástica del país sajón fué acabada de 780 á 814. Por todas partes levantáronse iglesias y monasterios con los generosos dones de los carlovingios y de los grandes de su reino.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 41.

Vita S. Willehadi (por el arzobispo Anscario, en el siglo IX) en Mabill., *Annal. Bened.*, I, xxiv, § 36; *Batavia sacra*, p. 85, en alemán, por Karsten-Misegaes, Bréma, 1826. El acta de fundación de Brema, en Adam., *Brem.*, I, 10, es puesta en duda por Eckart, *De reb. Franc. or.*, I, 722. Cf. Erhard, *Regesta Westphal.*, t. I, p. 84; Alfridi (Alfridi) *Vita S. Ludgeri*, en Mabillon, *Acta O. S. B.*, IV, 289; *Acta sanct.*, 5 martii; Pertz, *Mon. II*; Behrends, *Leben des hl. Ludger*, Münster, 1843. Véase además A. Tibus, *Gründungsgech. der Stifte, Pfarreien u. Klostern im Bereiche des Bisth. Münster*, *ibid.*, 1867, I; Kessel, en *Bonner theol. Lit.-Bl.*, 1868, p. 139 y sig.; Bessen, *Gesch. des Bisth. Paderborn*, *ibid.*, 1826; Giefers, *Die Anfänge des Bisth. Paderborn*, *ibid.*, 1890; Erdwini Erdmanni, *Chron. episcop. Osnabrug.*, Meibom, *Rer. Germ. sacr.*, I; Creelius, *Index bonorum et reddituum monast. Werdin.*, Berol., 1864; Halberstadt, Leuckfeld, *Antiq. Halberst.*, 1714; Sagittar., *Hist. Halberst.*, Iéna, 1675; L. Niemann, *Gesch. des vormal. Bisth. u. der Stadt Halberst.*, *ibid.*, 1829; Nic. Schatten, *Hist. Westphal.*, Neuhaus., 1690, in-fol.; H.-A. Meinders, *Tract. de statu religionis et reipubl. sub Carolo M. et Lud. Pio in vet. Saxonia*, Lemgo, 1711, en 4.^o; Clavør, *Sajonia inferior ant. gent. et christ.*, Goslar., 1714, in-fol.; P.-M. Strunk, S.-J., *Westphalia sacra*, ed. Giefers, Paderb., 1854 y sig.; Mosers, *Osnabrück'sche Gesch.*, t. I, nueva edición, Berlin, 1819; Th.-B. Walter, *Einführung des Christ. in Westph.*, Münster, 1890; Zimmermann, *De mutata Saxonum relig.*, Darmst., 1830; *Denkmale des Landes Paderborn von Ferd. Frhrn. v. Fürstenberg.*, Paderb., 1844 (según sus *Monum. Paderborn.*, Amst., 1672); Fieker, *Die Münster'schen Chroniken des M.-A.*, Münster, 1851; H.-A. Erhard, *Regesta hist. Westphal. Accedit Cod. diplom.*, Münster, 1847 y sig.; Bettger, *Die Einführung des Christenth. in Sachsen durch Carl d. Gr.*, Hanovre, 1859; *Kampfschulte, Die westfälischen Kirchenpatrocinien*, Paderborn, 1867.

Conversion de los avaros, croatas y carintios.

42. Los avaros del Oeste, pueblo feroz del mismo origen que los hunnos, habian entrado en la Pannonia despues de la partida de los lombardos; dominaban desde el Save hasta el Enns, y estaban continuamente en lucha con los bohemios y otros eslavos. Carlomagno les declaró la guerra (791) á causa del apoyo que habian prestado á Tasilo, duque de Baviera, y los derrotó. La disension reinaba entre sus Príncipes (Kans). Uno de ellos, Tudum, se presentó á Carlomagno, recibió el bautismo y fué nombrado por él jefe de la tribu. Pero Tudum se separó tambien de Carlomagno, y fué aprisionado y condenado á muerte. La parte de la Pannonia ocupada por los avaros fué conquistada por generales francos desde 796. El poder de este pueblo quedó destruido desde entónces, y para asegurar esta conquista fué erigida la Marca de Este, Austria. En 798, Annon, arzobispo de Salzburgo (que murió en 820), emprendió la conversion de este pueblo, auxiliado por los sabios consejos de Alcuino, que le envió numerosos misioneros y engrandeció así notablemente su diócesis. En el Sud, Paulino, patriarca de Aquilea, evangelizaba á los pueblos situados sobre el Danubio, el Raab y el Drave. Establecieronse tambien allí colonias que habian venido de las antiguas provincias francas, las cuales contribuyeron á afirmar la civilizacion cristiana. Sin embargo, el cristianismo no echó profundas raices entre los avaros, y fué ahogado por la preponderancia de los eslavos, búlgaros y magyares.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 42.

Eginhard., *Annal.*, an. 796; *Poeta saxo ad hunc a.*; Alcuin., *Ep.* xxviii, xxx, xxxi, lxxii, xcii, cxii; Döllinger, *Lehrb.*, I, p. 337 y sig.

43. Desde el siglo vii, el emperador Heraclio habia impulsado á los croatas eslavos (ó chrobatas) y á los servios á hacer en Dalmacia una invasion para combatir á los avaros, que en 619 llegaron hasta amenazar á la misma Constantinopla. Despues de haber salido de Polonia, ó Rusia del Sur, los croatas ocuparon el pais que se extiende desde el mar Adriático al Danubio y al Save. El papa Juan IV, que era de origen dalmata, envió á aquel pais á un hombre piadoso, llamado Martin, y el emperador Heraclio hizo cuanto estuvo en su mano por atraer al bautismo á sus nuevos aliados. El principe Porga se hizo bautizar por los misioneros de Roma con gran parte de sus súbditos; la Santa Sede colocó á este pueblo bajo la proteccion de San Pedro, y obligó á los habitantes á abstenerse del pillaje y de las guerras ofensivas. Los croatas sacudieron insensiblemente el yugo de los griegos; reconocieron bajo Carlomagno la supremacia de los francos, y luégo la rechaza-

ron despues de su muerte. Aunque la metrópoli destruida de Salona (639) fué reemplazada por Spalatro desde 647, el órden jerárquico tardó mucho tiempo en establecerse, y hasta despues de 879 no se pueden citar Obispos croatas.

Poco tiempo despues de los croatas, los servios, que habian venido de la misma manera, se fijaron en las regiones de la antigua Dacia, de la Dardania, de la Dalmacia y de la costa marítima, desde Albania hasta Durazzo, colocadas bajo la dominacion bizantina. Se les obligó á recibir el bautismo; pero fueron cristianos sólo en apariencia; apostataron posteriormente (827), sacudieron el dominio griego y restablecieron el culto de los ídolos hasta que fueron nuevamente sometidos al yugo del Imperio griego y de la autoridad eclesiástica.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 43.

Const. Porphyrog., *De adm. imp.*, cap. xxx-xxxii, p. 143 y sig., ed. Bonn.; Farlati, *Illyric. sacrum*, I, p. 64 y sig.; II, p. 312 y sig.; 336; III, p. 33 y sig., 46, 56. Mi obra, *Focia*, II, p. 604; Gfroerer, *Byzantin. Geschichten*, ed. Weiss, *Graz*, 1874, II, p. 15 y sig., 26 y sig.; Donato Fabiawich, *O. S. Fr.*, *La Dalmazia nei primi cinque secoli del Cristianesimo*, Zara, 1874.

44. Los carintios habian emigrado (de 612 á 630) á la Marca Windica (Carintia, Carniola, Styria); recibieron el Evangelio en el siglo viii por consecuencia de sus relaciones con Baviera y de su dependencia con respecto á los francos. Los obispos de Passau y Salzburgo trabajaron en su conversion. Su principe Boruth hizo educar en Baviera á su hijo Carost y á su sobrino Chetumar, segun los principios del cristianismo, y ambos reinaron despues de él en 762. A instancias de Chetumar, Virgilio, obispo de Salzburgo (que murió en 785) envió al pais al obispo Modesto con muchos sacerdotes, entre los cuales se encontraba Mayo-riano, sobrino de Chetumar. Bajo el reinado de Carlomagno, el obispo Arnon envió al obispo Teodorico (ó Dietrich) á este pais y al pueblo vecino de los eslavos. Desde esta época, los arzobispos de Salzburgo tomaron la costumbre de establecer allí Obispos regionales (Oton y Osbaldo). Carlomagno cortó una controversia entre el arzobispo Arnon y Urso de Aquilea sobre la jurisdiccion en Carintia (810), decidiendo que el Drave formaría la frontera de ambas diócesis. Hacia 870, Adalwin, arzobispo de Salzburgo, suprimió el cargo de los Obispos regionales y colocó á los eslavos de Carintia bajo su jurisdiccion inmediata.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 44.

ANON., *De conversione Bajoariorum et Carantanorum*, ap. *Héféli, Sacr. ret. Boic.*, I, 280; Kleimaverna, *Nachrichten von Juvavia, Salz.*, 1874, *append.*, página 10; Wattenbach, *Beitr. z. Gesch. der christl. Kirche in Mehren u. Böhmen*,

Viena, 1849, III; Rettberg, II, p. 557 y sig.; Döllinger, Lehrb., I, p. 331. La leyenda, de que Uroft, obispo de Passau, estableció dos Obispos sufragáneos en la parte que le pertenecía en el territorio eslavo, y que el papa Eugenio II confirmó este acto en 824, es inverosímil y generalmente rechazada.

Importancia de la emigración de los pueblos; nuevos estados cristianos.

45. Los pueblos que entraban en la Iglesia y fundaban Estados nuevos sobre las ruinas del Imperio de Occidente, estaban destinados por la Providencia á castigar á las razas romanas civilizadas y corrompidas, á destruir lo que estaba irremediamente perdido, á levantar lo que podía recibir aún nuevo desenvolvimiento, á establecer, en fin, con el vigor nativo que le distinguía, un nuevo orden de cosas. Para esto necesitaban del auxilio de la Iglesia, y ésta, á su vez, debía someterse á todas las pruebas inherentes á tal misión. Debía instruirlos y civilizarlos, y elevándolos de la barbarie á la dignidad de naciones moralizadas y cultas, conservar las fuerzas vivas que dormían en ellos, reconciliar á los vencedores insaciables con los vencidos, y conquistar á los primeros con las armas espirituales. La Iglesia encontraba en ellos un terreno nuevo é inculto, donde podría, mucho mejor que en el caduco Imperio romano, hacer que prevaleciera la ley de Jesucristo. Este terreno había sido allanado y preparado para una transformación completa en la vida política y social.

En medio de estas formidables tempestades, la Iglesia sola guardaba su inmutable consistencia: autoridad, libertad, civilización, todo fué salvado por ella. Desde esta época su acción vino á ser á la vez política y religiosa. Quería ser y era escuchada por los romanos como por los bárbaros. La ley divina encontraba creyentes allí donde la ley humana perdía su fuerza, dice Reumont. La Iglesia era la única estrella polar en medio de la noche cada vez más tenebrosa. Ignorantes de sus futuros destinos, los pueblos del Norte y de Levante, cuando llegó el tiempo de su iluminación corrieron al encuentro de la luz celestial, como si hubiesen sido llamados por Dios mismo. Un poder superior, un atractivo incomprendible para ellos fué el que atrajo á tantos Principes bárbaros hácia los Obispos, los sacerdotes y los monjes, el que les hizo inclinarse con respeto ante un Ambrosio, un Crisóstomo, un Leon, un Severino, un Epifanio de Pavia, un Benito de Nursia, y que tantas veces los subyugó. Experimentábase una secreta é invencible necesidad de rendir homenaje al Dios que representaban estos santos varones; y esta necesidad, haciéndose cada vez más apremiante, fué también mejor comprendida por los Soberanos temporales. Ya, en medio de las tempestades de la emigración, se veía apuntar la aurora que anunciaba el sol de la Edad media. La irrupción de los bárbaros en las comarcas del Me-

diódia parecía amenazar á la vez á la civilización, la moral y todo el orden social. Los pueblos vencidos veían con espanto caer en ruina bajo el hacha de los bárbaros sus más bellas instituciones, holladas por ellos tantas plantas delicadas y coartadas ó aniquiladas todas las fuerzas del Imperio.

Peró la Providencia quería romper un vaso para formar con él otro más nuevo y magnífico. De las cenizas del mundo antiguo había de salir un mundo y una civilización nuevos; y aquí era precisamente donde la Iglesia, frente á elementos desencadenados, iba á revelar en todo su esplendor la fuerza divina que reside en ella, reuniendo en una sola familia pueblos hasta entónces divididos, impregnándolos de una civilización eminentemente cristiana, en la cual se mezclaría en justa medida la parte más sana de la civilización antigua con las costumbres de cada pueblo. Las buenas cualidades de los bárbaros serían conservadas sin duda, pero transfiguradas, porque se trataba ahora de fundar sobre la tierra el verdadero reino de Dios y conducir á sus altos destinos á la parte más madura de la humanidad. Los obstáculos fueron grandes al principio, segun se ve por la historia de cada uno de estos nuevos Estados cristianos.

OBRA DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 45.

Reumont, Gesch. der Stadt Rom., II, p. 18-20. Véase el artículo: Romanen und Germanen, en Hist.-pol. Bl., 1843, t. XII, p. 473 y sig.

El reino de los francos.—Influencia de la Iglesia.

46. Los pueblos germánicos respetaban profundamente todos los derechos tradicionales. Así, aún despues de su conversión, hicieron codificar sus antiguas leyes nacionales, y tuvieron cuidado de renovarlas, segun los cambios que habían venido á ser necesarios. Por otra parte, permitieron á las razas latinas vencidas el continuar sirviéndose del antiguo Derecho romano, y, no contentos con mantener la constitución de la Iglesia y su jurisdicción, le otorgaron grande influencia sobre sus instituciones particulares. Fué así con especialidad en el vasto reino de los francos. La legislación civil se acercó más y más á la eclesiástica; los Obispos y Abades gozaron de la mayor autoridad; las iglesias y conventos adquirieron bienes considerables. Todos los elementos del orden estaban en manos del clero, y en éste era en quien los reyes buscaban el principal apoyo. En tiempo de los merovingios estallaron grandes luchas entre las clases; así que los reyes, los grandes y las ciudades estaban en continuas disputas; los bienes cambiaban á cada paso de propietarios; el poder real, débil y vacilante á pesar de su despotismo, concluyó por pasar á manos de los mayordomos de Palacio.